

Calvo, Hortensia y Beatriz Colombi (eds.). *Cartas de Lysi: la mecenas de Sor Juana Inés de la Cruz en correspondencia inédita*. 2da ed. corregida y ampliada. Madrid/ Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2023.

Este libro, publicado por primera vez en 2015, ha sido ahora ampliado y nuevamente editado. Si tuviéramos que clasificarlo genéricamente, diríamos que se trata de una edición crítica de cuatro cartas autógrafas —recientemente halladas— de María Luisa, condesa de Paredes, virreina de Nueva España (hoy, México) de 1680 a 1686 y principal mecenas de la poeta Sor Juana Inés de la Cruz. Sin embargo, este libro, en verdad, tiene tres autoras. Junto con María Luisa o Lysi —nombre con la que la llamaba Sor Juana en su poesía—, Hortensia Calvo (University of Tulane) y Beatriz Colombi (Universidad de Buenos Aires) son las responsables de haber recuperado la voz de la virreina, desconocida hasta el momento, pero importante para la literatura mexicana, española y latinoamericana por haber inspirado a la monja poeta novohispana. El riguroso y profuso Estudio preliminar de las editoras, la edición misma y las notas y documentos que acompañan a las cartas ofrecen la visión de una pequeña, pero significativa comunidad femenina, vital y discursiva trasatlántica y un retrato inédito del mundo virreinal y colonial novohispano.

A la carta de 1682 (dirigida a su prima, María de Guadalupe de Lencastre, duquesa de Aveiro) y de 1687 (al padre de María Luisa, Vespasiano Gonzaga), ambas escritas en Nueva España, esta nueva edición aporta dos comunicaciones más, también dirigidas a María de Guadalupe y halladas en la Fundación Casa de Medina Sidonia (Cádiz), la de 1676, y en la Lilly Library (Bloomington, Indiana), la de 1683. La frecuencia de los intercambios entre estas dos mujeres de la nobleza hace suponer a las editoras que la correspondencia entre ellas era continua. La primera es una breve nota de pésame y, la segunda, una carta que tenía, como fin principal, comunicarle a su prima el nacimiento tan esperado de su hijo José. No solamente esto, en esta edición, las editoras corrigieron erratas, actualizaron bibliografía y ampliaron el Estudio y agregaron notas al pie, los que, si bien abruman un poco al lector por la cantidad de datos y nombres propios, sirven para aportar mayor información y claridad.

De las cartas específicamente, se incluyen tanto una versión facsimilar, una paleográfica y una tercera modernizada. Esta última contiene las notas críticas e informativas. El facsímil es interesante: los originales no fueron hechos en papel de gran tamaño, como las obras que se consideraban de importancia, sino en un papel más bien pequeño. Los dos ejemplares sumados en esta edición, además, muestran dobleces, como si hubiesen sido conservados plegados. En su conjunto, son cartas “particulares” y/o “privadas”, según la denominación de Enrique Otte (1988). Este tipo de carta y como plantean las editoras, era un espacio de relato “de intimidades” (2023: 9). También es un “objeto-reliquia [...] en tanto preserva la representación de un yo” (2023: 9). Contiene los signos o índices que señalan y singularizan a las personas: el apelativo del comienzo, la firma y la letra manuscrita. Pero, por otro lado, la reliquia implica que, luego de guardada por un tiempo, alguien —algún lector no-previsto— la abrirá y el contenido saldrá del espacio íntimo para revelar una memoria personal.

Las editoras (o autoras más bien) Calvo y Colombi, inspiradas por la lectura de las fuentes, han elegido recomponer muy sugerentemente una comunidad femenina que inspiraba o generaba la escritura, y viceversa. Para el caso, las genealogías histórico-familiares que expone la Primera Parte del libro, los epígrafes de poemas de Sor Juana que encabezan sus capítulos, la cronología, las cuatro cartas en sus diferentes modos, los Apéndices entre los que figuran poemas de María Luisa a Sor Juana y viceversa, los retratos e ilustraciones, y hasta el índice de nombres propios al final, todos ellos, acoplados, sugieren fuertemente la idea de que fue el diálogo entre autores, pero, sobre todo, entre autoras, el que propiciaba la escritura de todas ellas y, más aún, la tan valiosa poesía sorjuanina. Aunque, de algún modo, también sucedía al revés, ya que ésta modelaba o le marcaba el tiempo al virreinato. ¿Qué otra cosa, si no, podrían ser los siguientes versos sorjuaninos “Levante América ufana/ la coronada cabeza,/ y el Águila Mexicana/ el imperial vuelo tienda” (2023: 83) que leemos como epígrafe del capítulo “Los días mexicanos de la virreina” de la primera parte del libro? Así también, la muy útil cronología sugiere el diálogo constante: “cronología de la vida de María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, su entorno familiar, sus correspondientes y algunos hechos relevantes de la vida de Sor Juana Inés de la Cruz, así como sucesos de España y Nueva España” (2023: 113).

Por otra parte, a excepción de la poesía de Sor Juana —exhibida y hasta expuesta—, las palabras y el cuerpo mismo de las mujeres en general, sobre todo las de las ligadas al poder, eran ocultadas en los espacios vitales trasatlánticos, lo que se evidenciaba en los velos que cubrían las caras y cabezas de las mujeres, fueran monjas o no, y en las “cárceles” o espacios aislados destinados para ellas en las iglesias y otros espacios cerrados. Las virreinas, por caso, vivían “ocultas de las miradas del pueblo” (2023: 85n). Frente a esto, este libro busca sacar a la luz una historia y una literatura hechas de vidas entrelazadas, un mundo íntimo y afectivo, de “subjetividades femeninas complejas” (2023, 58), que señalan antecesoras y se dirigen a mujeres contemporáneas para reforzar esa comunidad.

Así, en 1690, Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla había publicado (¿sin consentimiento?) la polémica *Carta Athenagórica* de autoría de Sor Juana, con la que ésta buscaba intervenir en ciertos círculos filosóficos. Pero, antes, el obispo la regaña en una carta-prólogo que había incluido en la publicación y en la que le solicitaba que se concentre más en oficios y lecturas religiosas, y abandone la vida docta y, sobre todo, la vocación de enseñar a los demás. Más aún, condescendiente frente a un auténtico misógino como era el arzobispo Aguiar y Seijas, el obispo se rebajaba frente a la monja usando el disfraz de una tal Sor Filotea, monja ficticia creada por él. Con este gesto, Santa Cruz ubicaba a Sor Juana en su espacio. Le hablaba “de igual a igual” en una carta particular o familiar, género considerado “más apropiado” para las mujeres y más privado que los intercambios filosóficos en los que la monja se esmeraba en participar. Frente a esto, ella interpreta que el obispo quiere silenciarla en lo relativo a cuestiones filosóficas y, por eso, le responde en la muy conocida carta *Respuesta a Sor Filotea* (1691). En ella, y entre otras estrategias, visibiliza a varias “insignes mujeres” en una genealogía de mujeres doctas. Con esta declaración o proto-manifiesto ciertamente, Sor Juana abre un espacio válido para la voz de sus contemporáneas. Sin embargo, casi inmediatamente, esta polémica y su osadía le costaron su vocación y, finalmente, su propia vida.

Todo esto nos brinda un contexto más preciso acerca de lo que significa o debería significar, aún hoy, el gesto de las editoras de sacar a la luz cartas sobre relaciones íntimas o privadas entre mujeres y sus pareceres sobre política y familia —así, todo reunido—, editar lo dicho por una de ellas —aún sin haber sido una “gran autora” como Sor Juana—, otorgarle estatuto de texto editable y reconstruir, con todo ello, un entramado de voces y enunciados. A éstas, el libro de Calvo y Colombi suma las biografías y relaciones de María Luisa con su abuela María Luisa Manrique de Lara, con su prima ilustre, María de Guadalupe, y, por cierto, también con Sor Juana.

Otro eje también ha jugado un rol importante en la confección del libro. Además de tratarse de *cartas privadas*, éstas de la virreina son *cartas trasatlánticas*: en ellas, aparece “la queja por la distancia y la soledad, el anhelo de regreso, el deseo acuciante de recibir noticias, y el temor por la interrupción o pérdida de la comunicación [con España]” (2023: 10)¹. Pero los comentarios María Luisa en las cartas y el conjunto del libro sugieren mucho más que las demandas al Rey por el abandono de sus reinos lejanos. En este sentido, son interesantes los comentarios de la virreina sobre los nativos mexicanos. En general, María Luisa “transmite una imagen sobre todo paternalista, pero de todas formas positiva de los nativos” (2023: 47). No los estigmatiza y los representa como creyentes, agradecidos e inteligentes. Recordemos que las virreinas podían conocer acerca de los nativos y la gente del pueblo solamente a través de su esposo y de las personas de la corte.

Sin embargo, en lo relativo a la corte novohispana, específicamente, sus primeras tres cartas, incluida la del pésame, no muestran mucho entusiasmo ni comentarios benevolentes. Refieren, en cambio, nostalgia por las posibilidades que le brindaba la corte española. Esta tierra novohispana, le parece por momentos “insulsísima” (2023: 221) y, entre otras cosas, se lamenta porque carece de buenos artistas que pudieran pintar un retrato. En sus primeros años novohispanos, la virreina se aburre en América y sólo Sor Juana y el indígena con enanismo y sordera —al que piensa llevarse a España prontamente— interrumpen su tedio². En esta nueva edición

¹ Pienso que, probablemente, en este gesto de las editoras de incluir una reflexión sobre el mundo virreinal particularizándolo en algunos aspectos del metropolitano, tuvo un peso importante el proyecto que Beatriz Colombi llevó adelante en la Universidad de Buenos Aires cuando estuvo al frente de la cátedra de Literatura Latinoamericana I-A de la Facultad de Filosofía y Letras. En los años anteriores a su dirección, esa cátedra abordaba, en la literatura barroca americana, casi únicamente los tópicos y características del barroco español, que fueron definidos por Antonio Maravall en un estudio clásico. Asimismo, junto con la perspectiva trasatlántica, también los estudios de género estaban ausentes en los estudios de esta cátedra antes de su abordaje.

² Puesto que el enanismo es muchas veces hereditario, este amerindio sordo que poseyó María Luisa pudo haber sido hijo o pariente de la mujer chichimeca con esa misma aficción que aparece junto a María Luisa de Toledo y Carreto (hija del Marqués de Mancera y virrey de Nueva España entre 1664 y 1673) en el reconocido retrato (circa 1670, México) que hizo el pintor Antonio Rodríguez. Si es así, esto explica que, a diferencia de su madre o pariente, quien, por su vestimenta y tatuajes nativos en el retrato, pudo haber sido tomada directamente de su pueblo nativo de origen,

ampliada, el lector puede observar una transformación de esta actitud. En julio de 1687, en sus últimos días en el Nuevo Mundo y cuando ya ha sido reemplazada en su puesto por la condesa de Galve, la visión de ese otro mundo, aunque limitado a la corte virreinal, cambia. María Luisa comienza literalmente a ver cosas que antes no veía: que este país era bueno y que tenía varias urbanidades (2023: 230). Parece haberse encariñado ya con este pequeño mundo de indios, criollos, enanos, niñas prodigios y monjas criollas entendidas que hacen monerías o cosas raras dentro del Nuevo Mundo. Si bien ya se refería en 1682 a Sor Juana como “mujer rara”, ahora también tiene a su hijo criollo que nació en 1683 y al que la virreina refiere en su carta de ese año. José o Chepito, como lo llama, parece haber reemplazando al indio con enanismo en el entretenimiento, pues hace monerías para divertir a todos en la corte. María Luisa ya siente nostalgia por esta especie de gabinete de curiosidades o miscelánea que le brindaba el espacio cercado de la corte virreinal y que hizo suyo.

Ante su propia “decadencia” como mujer, ya que sospecha haber entrado en la menopausia (2023: 237) luego de un aborto indeseado, una hija fallecida a los 3 años anteriormente y de Chepito como único sucesor de la familia, parece envidiar a la virreina sucesora, mujer prolífica quien, a lo largo de los años, terminó dando a luz un total de ocho hijos. Luego de que María Luisa abortara a su segunda hija en abril de 1682, Sor Juana le dedica a su mecenas, en 1689, los siguientes versos que prologan *Inundación Castálida*:

Así, Lysi Divina, estos borrones,
que, hijos del Alma son, partos del pecho,
será razón, que a ti te restituya;
Y no lo impidan sus imperfecciones;
pues vienen a ser tuyos de derecho
los conceptos de un Alma, que es tan tuya. (2023: 278)

La virreina y la poeta comparten la maternidad y el aborto, de versos y de hijos. Sor Juana, más aún, le ofrece sus hijos. En medio de ellas dos, la fertilidad del Nuevo Mundo parece haber dado sus frutos *raros* o imperfecciones, y haber devenido, así, en madre de todos: “yo nací en la América abundante, que en ninguna parte se ostenta más la tierra Madre” (poema de Sor Juana citado en el Apéndice del libro).

Vanina M. Teglia
Universidad de Buenos Aires
vaninategla@uba.ar

el nuevo “bufón” de la corte virreinal ya se hallara evangelizado y muy “informado de los misterios de la fe” (2023: 216), tal como refiere la carta de María Luisa de 1682.